

Los jovenzuelos y muchachas de aquella época, clientes seguros de aquellos regaloneados tranvías imperiales de dulces recuerdos, que mucho tiempo ya se fueron para siempre la visión de ellos de la retina y ojos de los santiaguinos. Vehículos que eran tradicionales en la capital, más de alguno de esos contemporáneos a dichos carros, ahora con seguridad peinan grises o blancas canas, o no peinan ninguna, porque... ¡ya no tienen ni una, ni otra!

Al revolver alguno de ellos, un desván o cajón olvidado por ahí, encontrará acaso un viejísimo y amarillento álbum, con la colección completa o incompleta de esas láminas maravillosas, que es un pedazo de infancia y juventud, que en ella quedó encallada esa mágica palabra, sólo un ligero vestigio. Láminas de figuritas muy lustrosas, que venían como premio en los cigarrillos, con la efigie o fotografía en colores de las más hermosas artistas y típles francesas y españolas de teatro de mayor actualidad. Ahí estaba y figuraba la sin par, bellísima, La Fornarina, La Chelito, Pastora Imperio, La Bella Otero, la hermosa Cleo de Merode, la extraordinaria beldad La Pilarica, etc., y un sinnúmero más de reales bellezas componía la serie completa de estas artistas de Music-Hall, con sus esculturales, pero semitapados sus honestos cuerpos. Sus caras eternas como de muñecas de loza, caras de verdaderas niñas ingenuas. ¡Esas veraces bellezas del principio del siglo existieron, como existieron esos idos, gloriosos, nostálgicos y recordados tranvías, amos de la movilización de Santiago, que fueron ellos superiores, muy por encima en el concepto del elogio del público, a sus otros rivales y colegas; las viejísimas victorias. Fueron esas beldades de las láminas, lindas y despampanantes hembras, con un gran acopio de polvorín, "glamour" de la época en sus curvilíneos cuerpos, con sus "sex-appeal" novecientero, hicieron faltar a la fidelidad conyugal muchas veces a muchos varones matrimoniados, de vistosos bigotes y correspondientes tongos, ocupantes ellos continuamente con barométrica constancia de una silla o una butaca de un teatro madrileño, una mesa en el Moulin Rouge, o en el Follies Bergère de la capital gala. ¡Aquellos varones fueron adúlteros e infieles... con... el pensamiento!

Y aquí en Santiago de Chile, esas bellas mujeres embajadoras del teatro español, de esas Compañías de Zarzuelas del inolvidable Pepe Vila y las de Joaquín Montero, que a principio de este siglo nuclear enloquecieron a tanto espécimen del sexo mas-

culino, con sus atrevidos lucimientos de sus ornamentos, que las mujeres de la época no mostraban, y... guardaban a buen recaudo. Con sus encantos ellas, las españolitas zarzueleras, se conquistaron el afecto de todos los varones santiaguinos, y de paso, de las mujeres todas de la capital, también de ellas, se conquistaron... ¡sus miradas despectivas, llenas evidente, de... sutil odio y muy poca voluntad. Las damas santiaguinas estaban furiosas con estas tiples y cupleteras de raza hispana, por el énfasis que ponían en sus actuaciones en el tablado del desaparecido Teatro Politeama, o el escenario del que fuera Teatro Santiago. A ellas les molestaba por la forma atrevida en que mostraban, como si tal cosa, una torneada pantorrilla, o lucían audazmente sus turgentes bustos, en las mismas barbas de ellas y frente a las miradas maliciosas, sádicas, poco "santas" y religiosas de sus maridos!, y al bailar, ponían mucho y sugestivo poco honesto, exagerado entusiasmo, en la acción del final de un movido Can-Can, en que repetidas veces, con redundancia picaresca, mostraban temerariamente... salva sea la parte, y parte precisa de la función toda, que más les agradaba mirar a los... varones. Muchas veces estos diablos pedían bis, y las consecuentes españolitas con muy buena voluntad, accedían de inmediato a repetir al compás de la melodía de "Orfeos en los Infiernos", de Offenbach. ese final del Can-Can, mostrando con mayor entusiasmo la parte de la anatomía de sus cuerpos, donde la espalda cambia de nombre... Eso para los hombres de esa época era el Paraíso, pero para las damas asistentes, eso era ofensa y precisas morisquetas, dando esto tema inacabable después, de "sesión secreta de pelambre", y "autopsia" que le hacían ellas a estas pispiretas mujeres actrices y tiples, con sus actuaciones "indecorosas" en el teatro. A todas las esposas casi le "levantaban" simbólicamente a sus graves maridos, y éstas les "rendían" miradas con navajas en los ojos.

Estas bellísimas y "modernísimas" actrices españolas, actuaron en la capital en heroicos tiempos del coche victoria, del farol a gas, del bonachón Guardián de Policía con su inseparable pito de madera de característico sonido lastimero, del infaltable manto negro, prenda imprescindible que cubrían su cabeza las damas, y del apogeo intenso del rey y señor de la movilización colectiva, monarca de calzadas y calles, entonces el irremplazable y moderno vehículo: el Tranvía. Pusieron ellas una nota de sal y pimienta en el santurrón, gazmoño y asceta ambiente de San-

tiago, cuando aún estaba fresca la iniciación del presente siglo. Bellas españolísimas mujeres, que a más de un hipócrita y mojado modelo de marido santiaguino suspiró por ellas de pasión y de no honorable deseo; claro que "este platónico suspiro" ellos lo hacían... ¡para "callado"!

Todas esas volcánicas mujeres, que revolviéron el sistema circulatorio de muchos graves varones santiaguinos, junto con sus constantes admiradores y las enemigas sutiles de ellas, serán ahora sólo unas modestas ancianas; serán escasamente unas viejitas encurvaditas, llenas de achaques físicos y excesos de arrugas. Los trajes de luces de antaño estarán trocados ahora por toscos bastones, o unos mal sujetos anteojos. Sus zapatos guapos, taconeadores sin lástima de mil y un proscenio, serán tal vez ahora humildes zapatillas sin ningún coquetón adorno, y las que no usan ninguno de estos adminículos, es seña que ya no los necesita... y es que sus cuerpos ya desintegrados están abonando la buena tierra, que cubre una plancha de mármol, o tal vez ésta no la tenga, y reposará en algún hueco de un modestísimo nicho de ladrillo, lugares esos que es el calabozo y encierro perenne de la Vida.

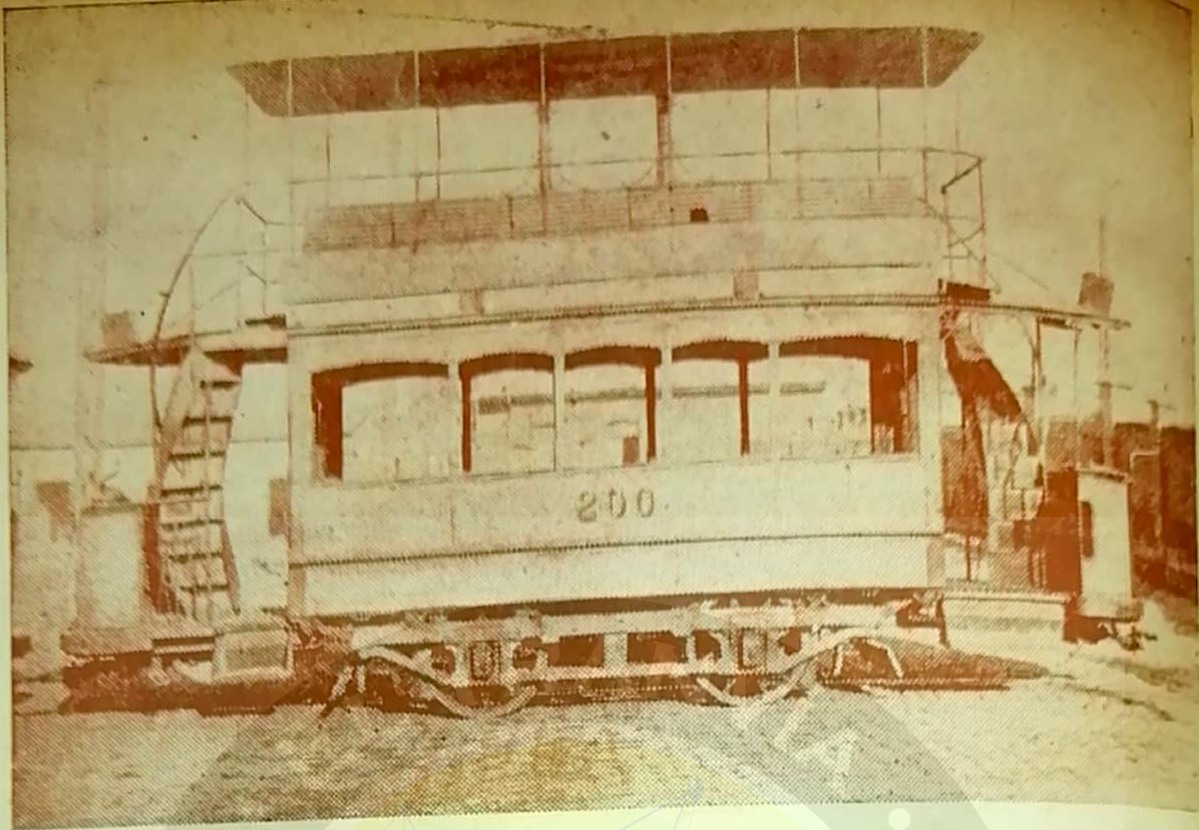
Todo ese tiempo, esas bellas mujeres, alegría de una época, desaparecieron o murieron ya, también los tranvías aquellos, muestras vivientes y testigos elocuentes de la alegría, euforia cándida, sencilla y simple del "tráfico" santiaguino de aquella mismísima época... también desaparecieron, languidecieron y murieron. Y juntos se fueron muy unidos: Época, Hermosas mujeres y Tranvías, diciéndoles un largo adiós para siempre al Santiago que se queda.

Y en indisoluble e inseparable simbólico abrazo los tres: época, mujeres y tranvías, aunque de distintos heterogéneos factores, desaparecieron bajo un mismo similar y uniforme sentimiento. Juntos se fueron, yéndose muy unidos, esa bella época, esas lindas mujeres y los nunca olvidados tranvías. Que éstos en su larga agonía ya van muriendo poco a poco, dejando tras de sí el recuerdo que no se olvida, tal cual así como no se borra jamás el inolvidable aroma y la fragancia sutil de una nostálgica reminiscencia, que dejaron prendidas en viejos corazones aquellas lindas y bellas mujeres...

Esos clásicos carros eléctricos, pintados de azul, contemporáneos ellos al esplendor sutil del romántico tiempo del 900, a pesar



Santiago en 1895.—Esté maravilloso "souvenir", captado por la cámara oscura, evidentemente asentada en un largo trípode, dejó para la posteridad esta imparable visión de lo que era el Santiago tranquilo de ayer —calle Puente— Balaceda, esquina norponiente del Mercado Central. Un común carrito de "sangre" próximo a virar hacia Puente a la hora de más "intenso movimiento" de pasajeros y peatones. Tres damas muy arropadas y envueltas en sus tradicionales mantos de espumilla negro, van muy forongas ellas, sin vanidad, ni insulso engreimiento, viajando en él como pasajeras en la "imperial" sin techo de 2ª clase. Este sitio era ni más ni menos como ir viajando en un tejado con ruedas; ahí valía $2\frac{1}{2}$ centavos la aposentaduría. Entonces, aún exhibían las damas su polizón por las calles, y en sus casas bailaban danzas con lentas vueltas graves y mesuradas, al compás del acorde de un suave clavicordio, de las notas de un arpa lastimera, o una melodiosa cítara en circunspectos alfombrados salones. En esos días contemporáneos a los carritos de la foto, era común que las damas "bien", encargaban expresamente a Europa, su almidonado ajuar personal y demás perifollos, aniquilando y devastando a padres y esposos; hoy día, 1955, no veo donde está la diferencia de esto último. Me gustaría saberlo. (Foto, gentileza de "VEA").



Un bonito y común modelo de carro imperial santiaguino, ya desaparecido, mostrando toda su "contextura y anatomía física". Se ven y aprecian las legendarias y recordadas escalerillas semi caracol, motivo y testigo tantas veces de encarnado pudor y sicalíptico bochorno femenino. Por sus costados del 2.º piso siempre se veían letreros y anuncios comerciales muy llamativos de productos contemporáneos de aquella época. de marcas ya desaparecidas: CIGARRILLOS JOUTARD, INTIMIDAD, SOLO, ABC, y propaganda de numerosas marcas del aromático te: TE RATANPURO, TE HORNIMAN, TE DEMONIO, TE DULCINEA. Cuando era corriente el paso de estos carros por las abúlicas calles de la capital, las muchachas ya ensayaban usar melena a la "garzon", daban los primeros pasos del shimmy; los biógrafos hacían sonar a la entrada una campanilla a pila, para engatusar y convencer al público para que entrara al teatro; las niñas suspiraban secretamente en aquel cine sin ruido con acompañamiento de piano, por los galanes: Milton Sill y Wallace Reid; los varones admiraban a: Maciste, Eddie Polo, Tom Mix, Cayena, Perla White, Theda Bara y la Bertini; en el intermedio bebían con avidez la rica "BILZ", a... ¡chaucha la botella!, luego reían y gozaban con las "cómicar finales" del francés Max Linder y los ingenuos porrazos y costalazos del Turnio y del inmenso Guatón Tripita.

(FOTO GENTILEZA DEL SR. ROBERTO GOMEZ A.)

de eso, fueron también blanco de la furia de la poblada en una gran huelga, la más beligerante que se recuerda en aquellos tranquilos días, que tuvo como escenario la Alameda, en Octubre de 1905. Epoca aquella de las primeras presentaciones de torsos y cuerpos semidesnudos de hombres, ante atónito y extrañado público. Eran aquellos los macizos atletas luchadores que iniciaban en Chile, en Santiago, las competencias públicas del vigor físico, las tretas, mañas y destrezas de las Luchas Greco-Romanas. Ya demostrando por primera vez en el país, la efectividad de una "llave", como la sudorosa sorpresiva derrota por "planchada". Eran aquellos anticipados "Tarzanes", que luchaban hasta vencerse en una colchoneta integrante de una troupe encabezados por un Amadeo Pellegrini, y un inmenso Albert Le Boucher. Y pronto aquí en Chile les gustó eso de los costalazos, luego se contagiaron los chilenos con los misterios de las "agarradas" y las llaves enredadas de una buena tomada. Y hubieron algunos criollos, que luego después fueron alumnos de aquellos maestros, saliendo varios muy aventajados. Aprendiendo muy luego las lecciones, al extremo tal, que aquellos maestros pasaban duros aprietos cuando se entrenaban con aquellos pupilos, que no tenían ni el menor miramiento ni respeto por sus profesores, que en un dos por tres, de dos o tres costalazos que les daban y ¡pum! que planchaban al profesor y maestro de Lucha Greco-Romana!

También cuando los tranvías eléctricos eran considerados en la capital algo moderno y a tono con la época en que se vivía, en que aquellos valiosos vehículos al recorrer las calles de Santiago le daban a ésta un timbre de gran capital, se vieron por primera vez en Chile, los primeros combates del arte de la defensa propia. Los iniciales matches de box, que en ese entonces les llamaban "asalto a finish" En el cual eran la primera vez que salían a exhibirse inmensos y desconocidos guantes de 6 u 8 onzas entre cordeles, ante los ojos asombrados y estupefactos del ingenuo, recatado y simple público metropolitano, para demostrar dos hombres semidesnudos quién era mejor peleador, y de más "ñeque" para aguantar los impactos de esos inmensos guantes de cuero. Y en esos primeros "asaltos a finish" descolló un astro chileno bueno para ese nuevo e importado "sports", de los puñetes con guantes, un criollazo campeón: Heriberto Rojas, aventajadísimo e innato alumno del arte, que fuera hinchado furioso en Londres un noble, el Marqués de Quesberry. Ese hábil pugilista, el primer campeón chileno en su

época, tuvo su fulgor en días contemporáneos al esplendor de aquellos viejos tranvías. Ese bravo entre los bravos, bueno para las "guantás", como decían las gentes, tumbaba campeones negros y blancos, boxeadores de todos portes y de todos colores, ya sea en rings bajo el techo de un teatro, o de uno improvisado, bajo la carpa de un circo, y hasta dió muestra de la pujanza de la raza con otro de otra nación, y lidió con un "gringo", Bob Devere, en una famosa Plaza de Toros que existía allá por la Pila del Ganso en esos benditos años. Todo aquello sucedía y transcurría en los frescos días inaugurales del presente siglo, cuando Santiago era una evocación exacta, íntima, de una real faceta de ciudad de ensueño y veraz romanticismo. No le faltaba nada, quietud, calles empedradas, melodiosos tintineo de herraduras de caballejos arrastrando coches y victorias por adoquinadas y salitarias calles, faroles a gas de pálida luz con su funcionario y su báculo en mano, apagando y prendiéndolo. Señoras de negros mantos, muchachas de larguísimo vestidos y de una moral más larga aún, dando vuelta y vuelta por un tradicional paseo, oyendo suave música, ya era una marcha militar, ya un trozo de ópera, como podía ser la suave melodía de un vals lento de moda, que tocaba un grupo entusiasta de aficionados de muy buena voluntad, encaramados arriba del tradicional tabladillo del kiosco de arabescos fierros que existían en la Alameda, plazas y paseos de la capital, ahora casi todos desaparecidos. Y de todo ese embrujamiento de cosas, no podía faltar la figura típica de aquellos viejos carros azules, como indispensables ornamentos insustituibles, como timbre y enseña de aquella feliz y dichosa época, que era toda tranquilidad, todo felicidad colectiva, todo alegría y optimismo universal.

En aquellos benditos días pasados de aquella época por esas calles del centro de Santiago, o de los barrios, a cualquiera hora del día, andaba tan poca gente que uno podía ir embebido leyendo el diario extendido a todo lo ancho que era, de página a página abierto, caminando por la vereda sin mirar para adelante, y nadie lo estorbaba, ni lo rozaba siquiera, aunque se fuera andando cuadras tras cuadras.

Más de algún eventual lector de estas líneas, recorrerá simbólicamente sin querer por su mente esos felices días de su infancia que se relaciona con aspectos de estas viñetas apuntadas aquí, y estoy seguro que más de alguno o alguna, con un suspiro hondo, incontrollable e imperceptible, exclamará para sí más o me-

nos esto: Si, en aquellos días de esa época era yo un muchacho, y aún me cobijaba bajo el techo que cobijaba a mi padre, y aún dormía en la cama que dormía mi madre. ¡Nunca jamás he sido más feliz!

El servicio tranviario eléctrico de Santiago en una época era tan bien mirado, y lo distinguía en tal forma toda la población de todas las capas sociales existentes, que tomar un tranvía eléctrico con carrocería no muy a la "Dumont" que se dijera, era una fineza, un sentido de muy buen gusto, lo que ocupaba continuamente la "élite" de la capital. Las mujeres más chic del Santiago de principio de siglo, se desvivían para que sus relaciones las sorprendieran dentro de esas modernísimas carrocerías de madera en cuyo interior viajaban en "primera clase", y se corriera la noticia entre sus amistades que doña Fulanita había ido al centro en carro, y que habían visto a Zutanita en un carro Huérfanos en dirección a sus obligaciones religiosas, a cumplir con el Santo Sacrificio de la Misa a la Iglesia de San Agustín, que era la favorita de la alta aristocracia santiaguina, y que también lo fué de la temperamental Catalina de los Ríos. Antes se creía que el tranvía les dispensaba el honor de soportar sobre sus llamativas carrocerías el cuerpo de los pasajeros, y ahora... todo lo contrario, permite al pasajero moderno y hace éste discriminación cercano a lo racial entre un aguantador, leal y veterano tranvía, y otro congénere de distinta anatomía, desigual diseño su esqueleto mecánico, pero exactamente en su destino; transportar y movilizar pasajeros de un punto a otro del Gran Santiago.

Para que se vea hasta qué punto era considerado y se le tomaba en cuenta como un vehículo de turismo al tranvía, claro que era un turismo criollo, hogareño, íntimo, en las noches de Primavera, de suave brisa y fresquísimo ambiente, era tradicional costumbre y de rigor que las familias más encopetadas y de buen pasar santiaguinas, no tenían ningún empacho y no se denigraban cuando subían a un viejo y chicharriente tranvía N° 1 Alameda, o al N° 11 Providencia, con todos sus efectivos descendientes de los blasones tal o cuales, y hasta acoplaba al convite del paseo nocturno tranviario la vieja empleada que cocinaba, que lavaba, que traía, que era de la mano, nodriza y hasta ayudaba a desnudar a la dueña de casa cuando ésta se bañaba. Viejas empleadas de casas grandes de antaño, gordas, deformadas, llenas de várices, reumáticas, pies con juanetes, y como punto final a sus heroicas vidas

de empleadas o "chinillas" domésticas, como si fuera poco su cruz de llapa, casi eran todas inconsolablemente solteronas, sin vuelta. Recorrian en tranvía casi en una hora la ciudad en esos benditos años novicios del presente siglo; la capital tenía sus límites de población tan escasos, que sólo se podía decir que Santiago era por el Poniente sólo hasta la Estación, y por el Oriente sólo hasta Plaza Colón, hoy Plaza Italia, por eso los tranvías N° 11 Providencia, que corrían por esta Avenida hasta sólo Manuel Montt, lugar donde había una tornamesa, eran considerados carros de recorridos rurales, campestres y temerarios. Así lo debían de haber comprendido todos los sólo 330 mil y tantos habitantes de que se componía la población de la capital del país a principios de 1900.

Las familias salían a dar una vuelta en carro en las noches primaverales, por Providencia, por Ñuñoa, y hasta se animaban algunas audaces familias a pasar por la Avenida Bilbao, poco tiempo después que se pusieron de actualidad las victorias y los coches a la "Dumont".

Y es curioso constatar que era común hacer convites en ese entonces y halagar a amistades, incluso hacer manifestaciones, acudiendo a los tranvías, y una prueba de ello, según consta de una noticia que se publicó en la prensa, solamente 3 años después que se había inaugurado el servicio a tracción eléctrica en la dormilona capital del país, en el año del incidente famoso en las calles de Valparaíso de una parte de la tripulación del crucero yanqui "Baltimore", que tuvo sus repercusiones de tirantes relaciones internacionales. Esa noticia curiosa ahora, como casi era todo lo que sucedía en aquellos benditos años, se publicaba en la página de la Vida Social del diario metropolitano "El Mercurio", el día Jueves 11 de Diciembre de 1903, decía así textualmente (sic):

"Un grupo de jóvenes ofreció a don José Manuel Cerda, familias y amigos, un paseo en tranvía. Un convoy, en el cual viajaban señoras, caballeros, señoritas y jóvenes, partió por Catedral hasta la Estación la noche anterior a las 9.30, y siguió por Alameda hasta Providencia. Al regreso, los pasajeros descendieron algunos minutos en el Parque Forestal. Llegados a la Plaza de Armas, fueron festejados con una cena en una pastelería de la calle Estado."

Como se ve, en épocas pasadas los tranvías coadyuvaron mucho a hacer feliz la existencia de una gran parte de los chilenos.

avecindados en la capital. El tranvía eléctrico cooperó en alto grado a disfrutar del goce de la vida en aquellos benditos años a muchas personas, como ese patricio varón santiaguino don José Manuel Cerda, que se le ofreció como un placer y un homenaje, a él y a su larguísima familia, un paseo en tranvía en esa calurosa lejana noche del 10 de Diciembre de ese lejanísimo año 3º del presente siglo ¡1903! ¡O tēpora! ¡o mores! (¡Oh tiempo!, ¡oh costumbre!).

¡AQUELLAS FRIVOLAS ESCALERITAS DE "LAS IMPERIALES"!

En esos benditos años en que el peso se cotizaba a 18d, estaban de moda las aireadas imperiales de los tranvías. En aquellos buenos tiempos en que todas las bocas de ese Santiago medio santurrón que se fué, tarareaban el estribillo aquel que flotaba en el ambiente con los aires de la ingenua popular melodía, esa que decía en sus primeros versos:

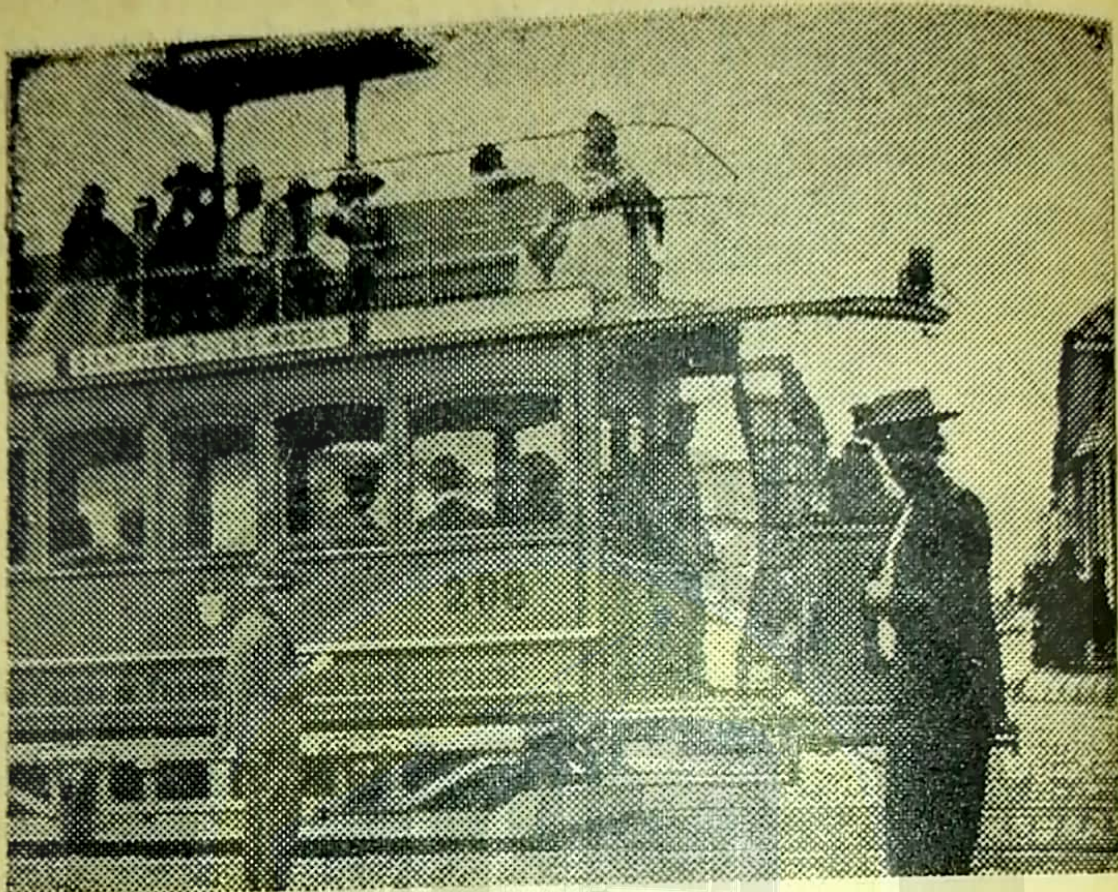
Lagarto lagartito.

A mi no me la pegas, picarito...

De esa época eran esos legendarios carros imperiales. Estos tenían una muy original escalera metálica estilo caracol muy peculiar, que servía para subir propiamente al 2º piso, o sea, a la imperial. Pero no sólo para eso servía tan original escalerilla. Sino también como escaparate o lugar de exposición de figuras y formas femeninas, de muy íntima y recatada exhibición.

Pues, aquella escalerilla tradicional en aquellos viejos tranvías, tenía sicalíptico, morboso, sensual destino y motivo, en las mentes afebradas, exaltadas sexualmente, de muchos jovenzuelos y maduros hombres sátiros de aquella época.

Y era increíble la enorme cantidad de varones de esta calaña, afectados de este "Hobby", que viajaban todo el trayecto de pie en la plataforma trasera o delantera, junto donde principiaba la escalerita metálica esa de caracol, la que servía amén de lo que esperaban los ojos varoniles, para hacer distingo de clase y... de centavos. Espera que ellos hacían por el único y especial motivo para atisbar de soslayo, como que no quiere la cosa, haciéndose "el



¡1910.—Año del Centenario! Santiago se vió invadido entonces de prominentes personajes extranjeros. Curiosa estampa de la carrocería de un contemporáneo carro "Imperial" N° 4 SAN PABLO-LAS ROSAS, con su escasísimo y nostálgico público que lo usaba. Eran tiempos de quietud, serenidad, sin nervios, y placidez. Arrogantes y elegantísimas damas de sombrillas, se codeaban con modestas y sumisas mujeres del pueblo en esos curiosos vehículos de antaño. Aquellos tiempos era corriente, que los elegante, "pijes" y niños bien de aquel Santiago, fueran de tongo, chaleco y bastón, con todo desplante y sin rubor, al Mercado o al Portal Fernández Concha a comer... "calduitas" y pequeños de... ¡5 centavos! En estos vehículos viajaron tiempo ha, nuestros perilludos abuelos, nuestros progenitores, algunos con su "brevet" de tal, recién alcanzado, y muchachos que hoy día ¡quién lo creyera!, peinan escasos y limitados cabellos blancos. Risible y ridícula ahora se aprecia la "pinta" de este carro, que en su época "roncaron" e iban a la vanguardia de la movilización. Es evidente que ha habido cierto progreso mecánico desde este tranvía del Centenario, hasta el moderno submarino con combustión atómica, ¿no? Pero así y todo, este humilde y jocosos carrito que se ve a la vista, ante los ojos de aquellos finos convidados a nuestras Primeras Fiestas Centenarias, fueron estos tranvías santiaguinos una muestra convincente del grado de adelanto, dinamismo y progreso, que mostraba y exhibía orgullosa la capital del país.

(Foto del archivo de "El Mercurio" de Santiago, y gentileza especial de su Director, don Rafael Maluenda).

leso" con una "mise en scene" muy histriónica, dando a entender hipócritamente de que no miraban aquello con intención...

Y eso de "aquello", era que miraban desafortadamente hacia arriba cuando por el ruido presentían, que por la escalera venía bajando las extremidades de una persona del "otro equipo sexual": una mujer...

Ante tal futura visión panorámica y anatómica que tendrían, en el posible caso si ella, la hija de Eva, podría ser fácilmente joven, y si ésto ocurría, tal cual como estos bribones sátiros lo deseaban, anticipadamente se regocijaban por el gratis espectáculo de ese inocentón criollo deporte sensual de anticipado "Burlesque" de antiguo cuño. Del cual disfrutarían indirectamente al atisbar solapadamente de "ella", las torneadas y gruesas rodillas con sus correspondientes carnudos muslos, tal vez de una rolliza y tierna hija del pueblo, o de alguna pobretona pero apetitosa joven fabricana, o ya una zagala muy "cabrita" modistilla ayudante adelantada de algún Taller de Modas, que ella por necesidad, tenía que hacer el viaje en carro en 2.ª clase, en la parte alta del tranvía por ser muy exiguo su presupuesto para carro, y no podía pagar el diez de la primera clase. Y tenía que subir por eso, por esa frívola y picaresca escalera de caracol, donde al subir por ella, todas las mujeres que pagaron esa penitencia de ese sutil tormento, pasaron instantes de rojo bochorno, segundos de encarnado y vejado pudor, momentos de picantes pensamientos. Pues al subir por ese cruel caracol metálico, sabían todas ellas, jovencitas, chiquillonas, jóvenes o maduras mujeres, de antemano, que mientras subirían esos interminables peldaños hacia arriba, abajo, en el principio de esa escala sensual, escandalosamente profanadora y cómplice sin querer de intimidades femeninas, habrían atisbando ansiosos, hambrientos y desesperados ojos, pupilas de sátiros y faunos varones, que poco faltaba para que observaran la subida o bajada de la caracoleada escalera con... catalejos marinos! Y así sucedía siempre, cuando por ella de reojo estos bribones sátiros de hombres, veían las primeras señales de un torneado tobillo, o la vista de una impecable apegada media a la pantorrilla, y algunos más audaces ojos descubrían, con inefable gozo, la redonda rodilla femenina y que prometía ver donde aprisionaba una sencilla liga, el fin o principio de esa heroica y barata media de alguna adolescente muchacha en flor, que tenían que exhibir obligadamente aunque no quisieran, a ojos extraños de varones, las partes semi íntima de sus recatadas y pudorosas extre-

sas extremidades de la anatomía física de sus jóvenes, núbiles y apetitosos cuerpos de doncellas que la sabia Naturaleza les ofreció, y que esos ojos bribones, sicalípticos y sensuales de visión tan poco romántico, las ametrallaban con miradas quemantes, tan lejos de ser santas y despreocupadas, de aquellos "despreocupados" sátiros y faunos pasajeros, eternamente parados "con su qué", al principio de la escalera de caracol del tranvía, que se solazaban y regocijaban al máximo su mente sensual y sexual, al admirar esas bellas y prohibidas formas del gracial cuerpo de mujer, levemente tapadas éstas, con vestidos modestos, o pobres polleras de pueblo, partes íntimas de aquellas niñas, jóvenes y mujeres, que en ninguna otra forma u ocasión, podrían haber admirado tan sorpresiva como gratuitamente, aquellos lejanos sátiros, mozos audaces, de vista felina, de sufridos ojos, para mirar con intención "non sancta" para arriba, cuando precisamente bajaba o subía por aquella malhadada caracoleada escalera, el cuerpo inconfundible de la reina del mundo, ¡de una hija de Eva! mostrando a la fuerza y sin querer, agraciadas piernas, gloriosas y únicas ¡las piernas de una mujer!

Y así era, que aquellos tunantes, bribones, faunos y sátiros santiaguinos de juveniles años unos, y de madura edad otros, tenían diariamente en aquellos lejanos tiempos y también en lejanos tranvías imperiales, sus momentos gratis de inefable goce, cuando sus pícaros y sensuales ojos al mirar hacia arriba "despreocupadamente", cuando subía o bajaba una persona contraria al sexo de ellos, atisbaban de reojo sátiricamente, picarescamente sin lástima. ¡Ah, bribones! ¡Las apetitosas piernas de una mujer!

¡VIEJOS CARROS! ¡VIEJOS PASEOS DEL AYER!

Venir a Santiago, y no haberse subido aunque hubiera sido una sola vez a un carro a dar una vuelta, era como haber transitado por la capital y no haber pasado bajo la vieja galería de vidrio del viejo Pasaje Matte, que construyera el año 1852 Monsieur Claude Brunet-Delaine, ni haberse mirado aunque fuera de soslayo la propia silueta reflejada en aquellos antiquísimos, tradicionales, y viejos espejos, testigos muchos de ellos de haber reflejado a tantas y tantas gentes, su figura y fisonomía humana, de este siglo y del otro que se fué, criaturas elegantes y humildes de hoy y de ayer.

¡Lunas de espejos de ese viejo Pasaje!, ¡qué de recuerdos poseerán sus mudas lunas, que en ellas reflejaron la chic figura femenina de antaño, la de cerradísimo vestido con polizón, descomunales sombreros de altas plumas, y el manto tradicional; reflejaron además, el insuperable quitasol o sombrilla, prenda imprescindible de las elegantes de antaño, como han reflejado la elegancia estilizada moderna y existencialista de nuestras mujeres de hoy, que salen de compras al centro, negligentemente enfundadas sus gloriosas amazonas físicas, a veces sólo en un sencillo Blue-Jeans.

Así como nos traen recuerdos y nostálgicas visiones pasadas aquellos viejos tranvías, a usted, usted y usted, y sus recuerdos se nos agolpan en nuestra escondida mente, cual una cámara oscura en que la retina de nuestra visión, haya fotografiado nuestro cerebro. Así también, aquellos antiguos conjuntos de espejos del Pasaje Matte de Santiago, eran tan tradicionales como los viejos tranvías en la perspectiva de la capital, que un día lejano ellos nos conocieron y nos "fotografiaron" en los reflejos de sus lunas de azogue, nuestra feliz traza y pinta de nuestra despreocupada infancia. Luego después, nos vieron pasar tantas veces en la época optimista de nuestra dichosa y venturosa juventud. También desfilaron reflejadas por ellos al pasar, gentes que ya no son nada en este mundo. Y en aquellas lunas inmóviles, inanimadas de azogue, retuvieron también en fugaces instantes, reflejadas en felices lejanos días, aquellos vetustos y viejos espejos de ese principal Pasaje Matte en el corazón del centro de Santiago, la visión de la figura venerada de algún ser querido, más si aquella figura, sin querer, rápidamente al evocarlo, le vino a su corazón, como el recuerdo de una inolvidable flor deshecha, la figura de aquella, esa, que es única para usted, usted y usted, y que nunca hemos olvidado, y que un día aciago y doloroso, también lejano, se nos fué de nuestro lado, dejándonos solos, muy solos.

FRUTILLARES DE SANTA ELENA

Parecía que el año 1900 había sido el año cero fatal para los mentados, heroicos y aguantadores carritos de sangre para la capital, y contrario a lo que se creía, que el principio del siglo XX era el fin y la tumba para los carritos urbanos de caballitos, ¡pero no

fué así! Pues estos eran testarudos para irse y marcharse, al simbólico museo de lo arcaico y lo vetusto. Y como eran altivos, no se dejaban pasar a llevar por la ciencia de los electrones, cables, polos, etc., de la tracción eléctrica, que había dado al traste con la tracción de los nobles cuadrúpedos en Santiago, ¡pero no mucho! pues los carritos de sangre, fieles a secreta consigna, eran como los monigotes porfiados, como el corcho, no se daban por vencidos, destronados ni derrotados del todo por esa fuerza arrolladora de la energía eléctrica.

Y así fué como sorpresivamente dieron la nota alta en la capital, después de una docena de años que los habían "botado" de Santiago, por la iniciación del servicio eléctrico tranviario con toma-corriente y todo. Sacaron la cabeza y renacieron de las cenizas, cual nueva Ave Fénix de su trágica y anticuada condición, y un día domingo 28 de Abril del lejano año 1912, se inauguró en la capital una línea particular de carros urbanos del señor Juan Forlivesi. Contemporáneos días aquellos, en que apenas hacía sólo 13 días que se había hundido el "insumergible" barco "El Titanic", en el Atlántico, al Este de Boston, considerado el más grande del mundo, ahogándose 1.595 personas. Era este inmenso barco, el más costoso y elegante para pasajeros, el más seguro y pesado que jamás se había construído. En su primer viaje inaugural, zarpó de Southampton el 10 de Abril, millonarios y filántropos de todas nacionalidades ocupaban sus innumerables camarotes. Chocó con un enorme témpano de hielo flotante, y se fué a pique 5 días después que zarpó por primera vez esa mole de barco llamado el insumergible "Titanic". Cuando este desastre marítimo, el más grande que se recuerda, estaba aún fresco en el mundo entero, se inauguraba en Santiago ¡una línea de carritos de sangre! Esta partía desde la Avenida Matta-Santa Elena, y seguía de ahí al Sur hasta el Matadero. Esos carritos urbanos, acarreaban en cantidades fantásticas los días domingos y festivos, a mucha gente a unos frutillares que fueran tradicionalmente famosos en ese entonces en la capital. Esto sucedía en esos días contemporáneos del año 12, en que la vida era baratísima. Un regio par de botines acharolados para caballeros en la gran casa Prá de Huérfanos 1055, costaba \$ 12.00 y un traje marinero completo para niño de 10 años, con gorra, cordón trenzado, con su pito y todo, valía \$ 14.80 en la casa Gallo y Chávez, y, además, a la salida al niño le regalaban de llapa un globo de goma inflado en un palito. Si no se cree esto, los que

tienen la suerte de conservar aún a sus padres, por curiosidad pregunté a ellos, si esto era cierto o no.

Y era común en esos días bonachones, en que aún no ponían siútico y cursi el idioma, con las extranjeras palabras de "week-end"; o la cursilería de llamar "Pic-Nic" a un sencillo paseo al campo, que aquellas buenas gentes se hicieran recíprocamente convite, con estas sencillas e ingenuas frases, dándose cita en los frutillares de Santa Elena.

—Oye, ¿vamos mañana domingo a darlos una llenada de frutilla a Santa Elena? ¿ah?

—¡Ya! ¡de acuerdo! ¡vamos mañana pa Santa Elena, a comer más frutillas que Ora pro Nobis!

Y dicen que en esos frutillares característicos de la capital, a sólo 5 cuadras de la Avenida Matta al Sur, se daban cita todos los santiaguinos, domingo a domingo, sin distinción odiosa de clase o rango, a comer y comer frutillas. Y no se agotaban nunca, y valía... ¡30 centavos el ciento! Y aseguran que eran tan grandes y tan voluminosas aquellas frutillas, que eran del porte de un tomate...

Corrían aquellos redivivos carros urbanos de Santa Elena que aun no querían decir adiós, en esos precisos días que la tierra de Benito Juárez, recorría su nombre en todos los diarios de todas las páginas del cable del mundo, por sus inacabables guerrillas intestinas en que el nombre del Caudillo de Chihuahua, Pancho Villa, era común, de actualidad, y se entrelazaba con el de Carranza, e innumerables sorpresivos "generales", que brotaban de la noche a la mañana en la tierra de Madero, como matas de zarzamoras, y relatándose como folletines de nunca acabar, el curso de la Revolución Mejicana iniciada en 1910.

TRENCITO AL CERRO NAVIA — BARRANCAS — BIOGRAFO KINORA Y LA AMAZONA PERLA WHITE

También hace años, más o menos en la primera o segunda década de este siglo, en la parte Poniente de Santiago, existía un curioso medio de movilización que servía a la escasa población que vivía por el Blanqueado y el Tropezón. Esas buenas gentes, casi todos modestos y sencillos, se movilizaban desde la Avenida Matu-

cana al Poniente en... tren! Si, en tren, pero este extraño y curioso vehículo de locomoción, era un trencito con cuatro pequeños vagones. Era un tren en miniatura, réplica de las inmensas "MIKADO" esas que bufaban con sonoros pitazos cada vez que partían al Sur desde la Estación Alameda, o se paseaban con mucho desplante por la pista de Matucana, a veces atropellando a más de algún ciudadano confiado y descuidado que no sabía, ni ponía en práctica eso de: **PARE, MIRE, VEA Y ESCUCHE**, antes de atravesar por las empalizadas de tubos de fierro que existían, cuando por Matucana rechinaban y hacían temblar toda la calle, y las inmensas locomotoras bufaban al pasearse para allá y para acá, por esa desdichada febril y antesala de la muerte, de la Avenida Matucana.

Esos trencitos partían desde la calle San Pablo esquina de Matucana rumbo al Tropezón, y llegaban hasta las faldas del cerro Navia, el pariente pobre del San Cristóbal. Lo más curioso era que estas dos locomotoras chiquititas estilo "mignón", rivalizaban con las verdaderas locomotoras de los Ferrocarriles, no en velocidad, no en caja "torácica", ni en poder de arrastre, no, rivalizaban con ellas en... el pito! Pues, esos trencitos que eran la mitad en longitud de un vagón de ferrocarril, y tan altos como la carrocería de un "foyeque" del año 20, tenían tal sonoridad sus pitazos, que cuando los hacía sonar el maquinista, cualquiera habría dicho que era una legítima y verdadera "MIKADO" la que venía desde el cerro Navia...

El pasaje valía ¡20 centavos! ¡ah! pero en aquellos dichosos tiempos, un pajizo o un cannotier valía \$ 5.80 y el pasaje ferroviario a Valparaíso costaba \$ 5.60 y... en primera!

Este trencito al cerro Navia era muy ocupado y solicitado en tiempo veraniego por "afuerinos". Un buen día, unos pescadores aficionados que iban los domingos y festivos a pescar a la laguna de Pudahuel, donde según comentaban había buena porción de pescado, estos pescadores dominicales, llenos de redes, lienzas, anzuelos, etc., se entrevistaron con el Administrador del trencito del Cerro Navia, y le manifestaron que: si se podía tomar medidas para hacer llegar la locomotora con sus carritos hasta Pudahuel, como una cooperación al bello deporte de la pesca, ya que allí existía la famosa laguna llena de pescaditos,

Todo estaría pensaban ellos, en convencer al extrañado Administrador de las bondades comerciales, que reportaría esa alargamiento de la vía férrea hacia la encantada laguna.

Unos muy locuaces, le hicieron ver que tendría los días festivos un "lleno completo" en sus cuatro vagones, a "tablero vuelto", y para darle mayor firmeza a este argumento, uno decía que vendría mucha gente, porque en esa laguna habían pejerreyes, truchas y hasta salmones así de largo —y al decir esto el narrador, abría ambos brazos a todo lo que eran capaces sus extremidades superiores, para indicar mimicamente cuan largo eran a veces los mentados productos de la fauna acuática en la laguna de Pudahuel. Con tantos argumentos de persuasión, querían demostrarle la conveniencia de lo que pedían. La Empresa de aquel legendario trencito para pasajeros, primero para conformarlos, deciales que estudiaría ese proyecto de alargar la línea a Pudahuel. Pero, fueron tan constantes las visitas que le hacían al Administrador, los que padecían y sufrían ese acuático "hobby" de la pesca, que los pescadores le llenaban la casa al sufrido caballero Administrador, con todos sus bártulos, larguísimas cañas, inmensas redes, grandes ovillos de lienzas, innumerables tipos de sebo, carnadas y anzuelos. Y hubo más de alguno de estos furiosos "hinchas" de los pescaditos, que torpemente se le desparramó un día, el tarrito con lombrices de sebo que llevaba, en el comedor del Administrador, sitio íntimo de la casa de aquel caballero, hasta donde llegaban a rogar a éste, que el trencito llegara a la laguna donde abundaba lo que a ellos los tenía trastornados y apasionados, tal como la fiebre que sienten los hípicos por los Race-Horse o Pur-Sang.

Cada día que pasaba, traían un nuevo argumento, eficaz razonamiento, y una prueba, y lo peor era que, cada día venía un pescador nuevo que tenía mayor alcance de brazos, para ponderar la longitud de los salmones que nadaban en todos los estilos en las aguas de la laguna aquella. El Administrador medía con la vista en silencio, esa gigantesca largura de aquellos hipotéticos salmones que continuamente le exhibían, y con meneos de cabeza les daba unas misteriosas miradas a todos, a una muy prudente distancia.

Y era tal la constancia de las majaderas visitas, protocolares o sin protocolo, que efectuaban los hinchas pescadores al domicilio del Administrador del trencito, que alrededor de la casa, parecía siempre punto de reunión de inscripción de algún concurso de Pesca. Todo el tiempo habían entusiastas grupos de fanáticos pescadores aficionados. Fué tal la fiebre de esos pescadores, que no dejaban ni a sol ni a sombra al desdichado Administrador, insistiéndole que to-

mara medidas o viera modo, de colocar varios metros más de línea hasta Pudahuel y corriera hasta allá el trencito, que al pobre caballero lo tenían casi demente. Lo tenían encajonado. Una vez pensó cambiarse de domicilio, para que lo dejaran tranquilo esos amantes de truchas, pejerreyes y salmones, etc., pero, vivía en lo propio.

Tanto le ponderaban la existencia de esos mitológicos sabrosos salmones gigantes a este pobre caballero con grado de Administrador, que lo tenían encapsulado dentro de una sutil alternativa. O él se volvía loco, esquizofrénico, paranoico, neurótico con ojos saltados, o normales, y cliente constante de algún psiquiatra, o les alargaba la línea hasta la mentada laguna.

Con muy sereno acuerdo, tal vez pensando en su familia, el casi trastornado Administrador del trencito aquél, decidió no ser huésped de la casa donde abunda tanto el optimismo, de los malos de la cabeza, y... les alargó la línea a Pudahuel, a esos fregados dominicales pescadores de pejerreyes, truchas, salmones, y quizás cuantas cosas más.

Todo aquello sucedía en aquellos precisos días, en que por las calles de la capital empezaban a verse pasar por primera vez, unos muchachos que marchaban marcialmente, imitando a militares al compás de su propia entusiasta banda de músicos con pitos y cajas a los sonos de sus fanfarrias. Desfilaban unos muchachitos con un extraño y novedoso uniforme, de una inicial organización cuyo lema es simbólico: **SIEMPRE LISTO**, que empezaba a tomar auge en Chile, principalmente en Santiago, cuyo ideal era preparar y fortalecer a la juventud con el contacto directo con la naturaleza. Eran estos los muchachos exploradores, que se les conoce como Los Boy Scouts, idea esta importada de Inglaterra, cuyo apóstol en Chile y destacado organizador de ellos, fué el doctor Alcibiades Vicencio, que se propuso implantar esta nueva modalidad de aquella noble doctrina, creada en Europa por el Coronel inglés Baden-Powel (1).

Contemporáneos a aquellos trencitos al cerro Navia, eran aquellos lejanos días, en que en unos estrechos teatrillos en la capital, actuaban los simplones biógrafos Kinora, con su mecanismo casero de juguete, que proyectaban en el telón películas de interminables series, con escenas truculentas en que descollaban un seremil de heterogéneos personajes a granel: chinos, villanos con jockey (yo-

(1) Chile fué el 29 país del mundo después de Inglaterra que fundó el Scoutismo en 1909.

que), acróbatas, apaches, etc., pero en todas ellas había una dama que era la "campeona", y que siempre no sólo se "robaba" la película, sino que se arrancaba con toda la serial completa, era ésta: Perla White, una artista yanqui, actriz heroica, rubia amazona, símbolo precursor del carácter de un pueblo que se estaba formando. Esta artista singular de aquellas películas de kilométricos episodios, jamás ha sido superada. Hacía cualquier papel, el menester que le buscaban, asignaban, y exigían hacer los productores audaces de aquellas viejas seriales de películas, ella lo hacía todo, y lo hacía bien. Si le señalaban que había que darle un abrazo de fin, de "The End" al joven cow-boy, lo cumplía bien. Si había que pelear a puño limpio con tres matones del porte de un ropero antiguo, ella... lo efectuaba, y siempre los hacía guiñapos a los pobres matones villanos. Si había que saltar de un tren en marcha al fondo de un río, o zamarrear y hacerle una demostración de judo, jiu-jitsu, y como punto final, con una llave de catch as catch en un dos por tres a un hercúleo "hombre malo" (siempre de yoque), luego botarlo y lanzarlo como muñeco de trapo arriba del tejado de una casa, ella lo cumplía. Aquella rubia y seductora Perla White, sí, seductora, porque además de tener condiciones físicas de Decatleta, Perla White era bonita, sí, era hermosa aquella múltiple rubia amazona, y buena para todo, que aparecía en las viejas películas de los sencillos biógrafos con campanilla anunciadoras a pila eléctrica, contemporáneos a aquellos viejos carros urbanos.

Más de algún lector que lee esto, con nieve en sus cabellos, recordará aquella lejana tarde, en que adentro de un biógrafo, aplaudió con juvenil entusiasmo, las proezas de aquella Perla White, que era la novia simbólica de toda la juventud masculina.

Otro servicio de movilización rural para ese lado del arrabal Poniente de la metrópoli, era un carrito de sangre que corría hacia Barrancas y alrededores. Partía de su terminal de Matucana esquina calle Andes. Estos carritos de sangre eran de propiedad del señor Juan de Dios Morandé. Estos vehículos a tracción animal, eran unas góndolas abiertas tiradas por una pareja no muy vigorosa de cuadrúpedos, dos Equus Caballus, con más flacas costillas a la vista, que poder de arrastre demostraban. Estos nobles animalejos, émulos de un Rocinante, o un histórico Babiaca, eran muy hábiles e inteligentes como aquí se relatará.

En el trayecto de las pequeñas líneas "Decauville", por donde se deslizaban abúlicamente las cuatro ruedecitas de estos modestos

carritos que acarreaban obreros y campesinos de Barrancas, tenían desvío para esperarse uno a otro los vehículos, porque no había doble vía. Y eran tan conocedores los caballitos del total del recorrido —aunque eran el ejemplo vivo de lo flaquito—, que ellos sabían por intuición, cuando llegaban a uno de estos desvíos, solos paraban su lento trote, y no partían hasta que divisaban que ya habían pasado sus otros colegas de orejas largas.

Claro que a veces sucedía algo no común, la espera, larga muy larga y tediosa, y esto pasaba, cuando el otro carrito al partir se descarrilaba y caían sus ruedas a la tierra donde brotaba pasto y yerbas. Aquí sucedía algo digno de contarse y destacar, el gesto e inteligencia de estos seres irracionales de cuatro patas, que a veces eran un ejemplo para muchos que sólo se paran y andan por el mundo con la mitad de los de ellos, pero con menos talento y discernimiento. Solía a veces suceder, que coincidían que cuando ocurría algo anormal como lo más arriba señalado, el cochero-aurigamaquinista era nuevo. No estaba aun al tanto de estos casuales accidentes e inesperadas "interrupciones del tráfico", y como éste viera que no llegaba "la combinación" al desvío y, además, azuzado por el malestar colectivo de los rudos pasajeros, que vociferaban rudas palabras también de desconformidad y molestias, diciéndole gruesas palabras reñidas con el Catecismo, y que eran capaz de hacer ruborizar a un carretonero borracho, optaba el achunchado auriga del carrito de sangre, por iniciar una sesión de chicotes y guascazos a los heroicos jamelgos perisodáctilos para que hicieran la continuación del recorrido. Inútil afán, pues aunque los ijares de los pobres equinos se los hacía silbar y sonar con la cruel guasca el conductor, estos animales, con mucha experiencia funcionaria, no se movían ni un milímetro del desvío. El enardecido auriga volvía a la carga con los guascazos hecho un loco, pegar y pegar a los pellejos de los pobres caballos, intentando que ellos demostraran que eran realmente los propulsores de la tracción de ese carrito, pero nada. El par de cuadrúpedos *Equus Caballus*, recibía los correazos con estoicismo espartano, como quien ve salir la luna. No le daban mucha importancia ni tomaban en cuenta a su jefe superior; el conductor. Ellos lo miraban nada más, y en sus inmensas cabezotas seguramente deben haber tenido el siguiente diálogo:

—¿Y hasta cuándo nos huasquea y apalea este hombre cara de mono? ¿Que no sabrá este macaco, que mientras no pase el otro cacharro de carro no se puede pasar?

—Sí, parece que es nuevo este infeliz de dos patas, ¡benaiga sea Dios!, ¡tan bruto este carajo!, y así y todo, nosotros tenemos que estar bajo sus pies y su porquería de látigo!, ¡la suertecita de este tontorrón, nacer gente él, y nosotros... unos pobres caballos! ¡No se dará cuenta este idiota y bobo, que si nosotros no nos movemos de aquí es para no chocar con el otro que viene para acá, y no nos saquemos las... herraduras!, entretelas, nosotros y los infelices de dos patas que van ahí adentro!

Mientras se efectuaba evidentemente este silencioso caballuno diálogo, más de algún transeúnte escaso de por ahí, espectador sin querer de esa prueba de azote sin medida a esos funcionarios caballos, que cooperaban a medida de sus brutas fuerzas a movilizar a esa población rural del extramuro de la capital, debe haber dicho y hacerse estas hondas cavilaciones:

—¿Quién será más bruto?, ¿los caballos que están empacados y no quieren partir, o el que los huasquea sin compasión alguna, sin siquiera indagar la causa de esa "no cooperación" imprevista de los sufridos caballitos?

Y si hubieran podido terciar los nobles equinos, y hacer descargo de su criticada actitud indolente y abúlica, le habrían respondido con todo su gran hocico que disponían, porque ellos no tenían pelos en la lengua, ¡y vaya si tenían lengua!, y habrían hablado así, perdón, habrían relinchado en su idioma de ser hijos de yeguas si hubiera sido posible, y se habrían expresado así:

—¡Que no se dan cuenta, hombres de la caramba!, que nuestra actitud estatuaría aquí en estos rieles es altamente humanitaria, pues si reiniciamos nuestro arrastre para allá, nos encontramos en el camino con el otro colega y nos pegamos el medio encontronazo!

El otro jamelgo, coequipo caballuno, en su propio lenguaje, asentía lo que explicaba su compañero de fatiga y huascazos, y también tenía derecho a opinar; su cuadrúpeda exposición, si no era una pieza oratoria modelo en el género de defensa sección caballos, poco le faltaba, y simbólicamente debe haber dicho así ese noble, sufrido, heroico caballo, pero con tan fea pinta, similar a la de su pareja, que parecía que toda su colección de costillas estaban revestidas con un cuero de papel celofán, pues éstas se le veían desde la distancia que se las miraran.

—Sí socio, este carajete gorila, con cara de hombre, ¿hasta cuándo nos sobará el lomo con esa desgraciada huasca?, ¡qué no las parará este hijo de una gran perra, que si no nos movemos es

para el propio bien de él, y toda esa tribu de holgazanes que están arriba de este cacharro, ¡y que no pueden andar a pie, los perlas! Y aunque nos golpee, ¡no nos movemos!, ¡ni nos movemos! ni un pelo de nuestro pescuezo, ¡aunque nos apalee hasta que le dé puntada, ni arrastramos este montón de fierro aunque nos huasquee con las dos manos y nos azote a too re caballo!

Y no se movían de ahí, hasta que sacaban del entuerto del tránsito al otro carrito. Así eran esos vehículos de sangre que corrían hacia Barrancas. Así se estilaba su extraña modalidad en ese girón del Santiago que se fué.

FEROZ LIO TRANVIARIO CON HABIL SALIDA DEL PRESIDENTE BARROS LUCO

El Gobierno del Presidente don Ramón Barros Luco (1910-1915), se caracterizó por su completa tranquilidad en todo el país. Era una paz hogareña que reinaba en toda la nación. Bueno, cierto que hay hogares que esa palabra es casi desconocida, tan ausente como la piel blanca y el pelo rubio de un nativo del Congo Belga. vocablo ese que no tiene cabida a veces en algunas partes en que toma nombre de hogar.

Bueno, en este singular gobierno del país, en que pasaban los días tras días y no se presentaba ni una sola nube de conflicto al gobierno, ni material, político, social, ¡ni mucho menos económico! ¡eso!, ¡ni esperanza! Mentar eso alguien en aquel tiempo, a ese fulano lo habrían mirado con compasión y con muchos meneos de cabeza. La movilización de pasajeros dentro de la capital en ese tiempo era un problema, pero ¡para... los dueños de vehículos y carruajes! Pues sufrían la falta de clientes. Había un exceso y superávit de coches, victorias, tranvías, y hasta ya daban vueltas algunos neumáticos de los contados automóviles por el asfalto y adoquines de calles y avenidas de aquel Santiago del primer quinquenio del Centenario.

En los terminales de tranvías, a pesar que pasaban largos minutos de estada en él, ¡no subía nadie! Partían solos. Escasamente con el personal adentro. A veces un carro Alameda daba más vueltas en sus recorridos que pasajeros subían a él durante el día. Al personal de tranvías de esa dichosa y calmada época,

se les hubiera permitido autorizarlos que en sus ratos desocupados durante su faena arriba del tranvía podrían ir leyendo, habrían alcanzado a leer integros en una semana, los gruesos volúmenes de la Historia General de Chile, de Barros Arana, o en menos tiempo, todos los tomos integros de los Tres Mosqueteros o los de la Enciclopedia de Espasa.

Era en aquel tiempo tan dichosa la vida en Santiago, que, según cuentan, se podía ir a tomar once a la Confitería más elegante de la capital, donde asistía la "élite" y la High-life" de aquel tiempo, como la Confitería Palet, de calle Estado 360, donde se podía tomar un rico té, con todas sus letras: té, café, o un sabroso gruesecito chocolate, con una serie de mermeladas, pan-citos con mantequilla pura, virgen, en todo el sentido del vocablo, y galletas a granel, que uno podía comer hasta que le apretara la pretina, o el corsé reclamara, y todavía podía llevar una que otra para la casa en los bolsillos o bolso, a manera de... recuerdo, y todo eso por sólo un peso veinte (\$ 1.20), y además, era todo bien servido por correctos, mesurados y solícitos mozos, no garzones, de albas pecheras y puños, enfundados en rigurosísimos smockings, que parecían pingüinos. Y eran excesivamente amables, ¡ah!, y además, las once se tomaban a los acordes de notas melodiosas tocadas en un legítimo piano alemán, y a veces tocaba una orquesta de ocho señoritas, que decían que eran austriacas, aunque alguien mal pensado decía y murmuraba por lo bajo de sus bigotes, y las damas comentaban detrás de la complicidad de un artístico y frágil abanico, que aquellas señoritas austriacas musicales sólo tenían relación con el país de la Europa Central, de la romántica capital de Viena, sólo porque tocaban los valeses de Strauss...

Como decíamos, esas ricas once se tomaban a ese precio en todo el centro de la capital, y con un mobiliario muy singular, de arabescas sillas estilo de las de Viena, de metálica construcción. Bien servido, y si usted quería... daba propina al mozo, y si no, él no se enojaba, él no era garzón, era el mozo. Y esos precios eran inamovibles, fijos como el reloj de la antigua Intendencia de la Plaza de Armas, ¡no cambiaban nunca! ¡Duraban año, años y años!

En esa feliz y próspera época de quietud del Presidente Barros Luco, la capital era una taza de leche. Una tranquilidad de claustro. Dicen que era tal la situación y estado de tranquilidad

de aquel gobierno, enteramente falto de conflictos de cualquier índole o especie, que Su Excelencia salía todas las tardes en verano para pasar el tiempo con su señora esposa, doña Mercedes Valdés, a pasearse a pie por la amplia y frondosa Alameda; sí, pero en ese entonces ese paseo su nombre equivalía a lo que era verdadera Alameda con altos árboles salicinos, inmensos álamos que daban un follaje y frondosa sombra. Se paseaba don Ramón Barros Luco con su compañera de destino, como cualquier marido modelo o modesto hijo de vecino de la tranquilísima capital. En el medio de ese tradicional paseo existían en cada esquina kioscos que eran negocios de ventas de frutas, golosinas y refrescos, y en esos negocios de la Alameda, el Presidente de la República y señora se servían democráticamente, sin protocolo alguno, sendos sorbos de jugo de huesillos con mote; que lo vendían antes en inmensos pocillos de loza, y eran tan grandes dicen que habían huesillos del porte de una naranja. Y este sabroso mote con huesillos lo tomaba el Jefe del Estado en plena Alameda todas las tardes del verano, a la vista de toda la ciudadanía, y nadie se admiraba de eso, menos él.

Bueno, ese tranquilo y casi aborrecido gobierno tedioso del Presidente Barros Luco, sin problema de nada, sin crisis, sin conocer la existencia de los vocablos de: carestía, costo de la vida, alza, racionamiento, arbitraje, pliegos, colas, dólares preferenciales y previas, etc., fué trastornado y removido por algo que salía de lo normal. Un hecho que rompió el tedio desesperante de la calma y sosiego de la capital. Se había nada menos que ¡alterado el orden público!, y como si esto fuera poco, ¡en plena Alameda! Había ocurrido ese escandaloso y vergonzoso hecho, a causa de una intentona de la Empresa de Tracción, dueña de los carros eléctricos, de alzar las tarifas de sus vehículos de 2.ª clase de \$5 a 10 centavos!... Casi se repitió lo del año 1888.

El público se enfureció en forma frenética y coléricamente tomó el toro por las astas. ¡Miren que niñitos (los dueños de los carros) querer cobrar 10 centavos por el pasaje! ¡Habrás visto abuso mayor! ¡Abusadores! ¡Gringos ladrones! Era eso lo que menos y más decente les decía el público a los jefes de los tranvías. Claro que el populacho y los rotitos de aquel pacífico tiempo les decían y vociferaban también frases, motes y "tallitas" gruesas de mayor calibre y de más "voltaje".

Y pasó lo que sucede comúnmente, cuando hay mayoría de exaltados reclamantes escudados estos "valientes y arriesgados", en

la cómoda situación de la mayoría, el número de ellos en superioridad apreciable con los otros. Aquellos tomaron valor pensando que estaban en ventaja, y procedieron una buena tarde, es decir, una mala tarde para... los otros, en apedrear los inanimados carros, romper vidrios, golpear al personal indefenso de los tranvías, porque el Director de la Empresa, quería cobrar un diez en vez de un cinco. El público les disparaba sendos camotazos y peñascazos con muy buena y excepcional puntería, a la integridad física de los desarmados e indefensos maquinistas, cobradores y cobradoras.

Esos desmanes cometidos por esos nuevos redivivos Guillermo Tell criollos en plena Alameda de las Delicias, le vino a poner su poco de color a la tranquila y apacible capital, en que todo se volvía puro bostezo. Este incidente le dió vida y pimienta a la cosa pública. Y fué así como el Gobierno de S. E. don Ramón Barros Luco, que ignoraba ni conocía la acepción del vocablo de: huelga, déficit, escasez, racionamiento, ni tenía conocimiento qué cosa era eso de previas; a qué se refería eso de: encasillamiento, locomoción, aumento, inflación y todas sus yerbas, se vió abocado a esta capitalina pelotera y trifulca, que tenía por escenario el aire libre, el centro del Santiago del Nuevo Extremo, la vieja frondosa Cañada. Ese incidente y desmanes del populacho enfurecido en esa asonada y tumulto, estaba tomando proporciones de batalla campal y Campo de Agramante trasladado a la Alameda. Parecía ese bochinche y batifondo una reyerta fanática entre dos bandos de bramanes y budistas de la misteriosa India, por cuestiones eternas de dogmas, principios y fundamentos religiosos.

Tuvo que intervenir la policía. Los guardianes simpáticos, vestidos de azules, de afilados "dalinianos" mostachos, y de afilados puntiagudos cascos prusianos, de catana y yataganes, se metieron en la trifulca de piedrazos, palos, puñetes, camotazos, peñascazos y rasguños, sí, rasguños, porque en la rosca intervenían, con mucha energía y mucho espíritu de lucha y de cuerpo, representantes de la primera comedora de manzanas de la humanidad: mujeres, las cobradoras de los ofendidos y maltratados carritos. Ellas, como en las escenas de las películas, eran "la niña", que sacaban la mano por su joven-héroe, en este caso era su maquinista, y ella, como dama, se defendía e iba en socorro de él con uñas, dientes, muelas y una que otra solapada patadita con sus puntiaguditos zapatos por bajo, por la parte baja, donde comúnmente se encuentran las rodillas.

Y así fué cómo la policía que actuó de apaciguador del fenomenal boche y tumultuoso barullo, estaban sacando ellos la peor parte. Es decir, el populacho enardecido les pegaba a ellos sin ningún respeto por todas partes. No guardándole ninguna consideración ni miramiento en lo más mínimo, ni por su ropaje, signo y emblema de autoridad, ni por sus yataganes, catana y sus caracterizados visibles mostachos.

Entonces el Jefe, que hacía de Prefecto de la Policía de Santiago, si la memoria no es infiel, era el Coronel Pinto Concha, viendo que a sus hombres, cuidadores del Orden y Seguridad, eran a ellos precisamente a los que le tenían menos respeto, y estaban peligrando su propia seguridad, pegándoles duro y sin lástima, optó por pedir refuerzos. Cosa curiosa, la policía había ido de buena voluntad a apaciguar los ánimos de esos dos bandos beligerantes callejeros, y evitar que se golpearan como Montescos y Capuletos. Pero estos agresivos y belicosos grupos, veleidosamente, en forma sorpresiva, parece que pactaron una "no agresión", y se aliaron para principiarle a hacerles una desconocida a los intrusos apaciguadores...

Y así fué cómo de rivales, el pueblo contra los tranviarios, que definían ese singular anticipado match de lucha de relevos al aire libre, en plena calle, acordaron una secreta tregua, y lanzaron todos sus efectivos bélicos contra los mediadores: la policía. Y era tan precisa la simetría del ataque estratégico, de esas dos fuerzas unidas ahora en un sólido comando, con brigadas de choque y todo lo demás contra los interventores amparadores del orden, la uniformada fuerza que representaba la Ley, que lo estaban pasando tan mal, y tan precaria era su situación luego después por intentar arreglar ese grave entuerto callejero, que el Prefecto de Policía, observando el estado lamentable y la vergonzosa paliza que estaban propinándole a sus subordinados, a sus hombres de grandes cascos y respetables bigotes, a la vista y paciencia de la población civil, que tomó una sensacional determinación.

¡No!, eso no podía ser, que el elemento civil desarmado le estaba poniéndole las peras a cuatro a la policía de la capital. Se la estaban dando con "churro" a esos sufridos guardianes de cascos, capita, catana, lastimero pito, y pilosos bigotes, ¡y todavía en plena Alameda! Y el Prefecto a cargo de la Plaza, optó por ir a dar cuenta al Gobierno, y sugerir ayuda de refuerzo de otros